

# MI VIKINGO

DAVINIA PALACIOS



*A Vero.*  
*Sigue sonriendo allí donde estés.*

Esta historia sale de la imaginación de la autora, siendo casualidad cualquier coincidencia con la realidad.

Todos los personajes son inventados y, aunque se ha buscado información y se han introducido algunas de sus costumbres, no pretende ser una novela de historia real sobre la vida de los vikingos.

## Prólogo

Dicen que la curiosidad mató al gato.

En mi caso, la curiosidad me llevó al siglo XIII.

A una tierra lejana, a un tiempo lejano, modificando la línea plana del electrocardiograma de mi vida.

Cuando algo tan poderoso que no acabas de entender te cambia cuerpo y mente, no te queda más remedio que acostumbrarte a ello y dejarte llevar por el río de la vida.

A veces será doloroso, otras placentero, pero cada uno tiene que librar sus propias batallas para conseguir lo que realmente quiere.



# 1

—Blanca, diez fotocopias de las treinta primeras páginas, por favor.

—Y diez más de las marcadas con los post-it... —se escuchó detrás de la potente voz del profesor de física.

Levanté la cabeza para echarle una ojeada a su culo en movimiento mientras desaparecía de mi vista por el pasillo del campus. En el momento en que casi babeo, se giró y me pilló mirándolo descaradamente.

—Y, por favor, ¿te importaría traerlas al aula cuando las tengas listas? —enarcó una de sus negras y acusadoras cejas en mi dirección y yo asentí sosteniendo la documentación de Laura, doctora en genética.

—Está buenísimo pero hay que ver lo gilipollas que es cuando se lo propone.

Laura había salido con él un par de veces pero cuando descubrió algo turbio, algo que no quiso contarme jamás, dejó de verlo como un objetivo asequible y pasó a estar en la bandeja de *No deseados*. Yo simplemente me limitaba a admirar su precioso trasero atrapado en esos pantalones chinos que le quedaban de miedo. Por más gilipollas que fuera, en el culo no se le notaba. En algo tenía que fijarme para levantar la vista de las cientos y cientos de fotocopias que hacía al día.

Trabajaba en la facultad de ciencias, haciendo fotocopias en el turno de tarde. Tarde es lo que se me hacía cada día antes de llegar a casa. No había día en el que mi novio no me dejara tirada y pasara de venir a buscarme con alguna absurda excusa. Siempre pinchaba una rueda o se encontraba con un amigo de la infancia, o se acordaba de que no teníamos nada para cenar a última hora y se iba al súper cinco minutos antes de que cerraran.

Estaba bastante harta de aguantarlo y tenía muy claro que le iba a dar la patada, y ese día no estaba muy lejos. Llevábamos cinco meses saliendo, y de la noche a la mañana pasó de venir a dormir una noche en semana a traer sus cuatro trapos y su gato *Rulo* a mi casa y no salir de allí ni con agua caliente. Agua que poco utilizaba y si hay algo que no soporto en un hombre es que no se duche. Se lo había dicho por activa y por pasiva pero, oye, él no se enteraba.

No tuve nunca el valor para decirle que no debíamos vivir juntos, por lo menos, todavía. Aunque eso pasara así, me ayudó a tener claro que no era el adecuado. Mi poco carácter me impedía ser más clara con él.

—Aquí tienes las copias, Laura.

—¡Gracias, cielo! Alegra esa cara, hoy es viernes trece, ¿qué puede salir mal?—preguntó con ironía.

—¡Ja! Cualquier cosa, desde que Javi no venga a buscarme, como casi cada noche, o que el bus pase antes de que yo llegue a la parada, o que me atraquen... otra vez. Vete a saber. Lo único bueno es que empiezo vacaciones... todo un mes de desconexión.

—Seguro que alguno de los chicos se ofrece a llevarte. Y en lo que a Javi se refiere, envíalo ya a paseo, que te está absorbiendo la vitalidad que tienes. Eres muy joven para estar sufriendo por alguien que no te merece.

—Eso mismo me digo yo cada mañana cuando despierto y lo veo tirado en el sofá, dormido a medio vestir y apestando a tabaco. ¡Cuando yo no fumo! Es que no lo soporto más —El cabreo se apoderó de mí, mis pensamientos y sentimientos más profundos salieron en ese momento de mi boca, desahogándome con Laura que, aunque no era mi mejor amiga, entendía mucho de estos temas. También era psicóloga, aunque no ejercía oficialmente, era la que nos mantenía a flote a gran parte del personal de la facultad.

—Pues no lo prolongues más, aprovecha el momento y vive, el tiempo no se recupera. Eres joven, bonita e inteligente como para estar atada a un gusano como ese. Si lo mandas a paseo esta noche, tendrás las vacaciones para divertirte con tus amigas.

—Amigas que no veo desde que empecé a salir con el tonto este. Me ha apartado de todo el mundo.

Ella se marchó a su despacho y me dejó muchas cosas en las que pensar, cada minuto que pasaba lo tenía más claro. Yo pagaba el alquiler del piso, yo pagaba la compra, yo le subvencionaba el tabaco, ropas, salidas... ¡joder! Hasta los preservativos los pagaba yo.

Tenía que ponerme en contacto con las chicas, sobre todo con África, sé que le hice daño la última vez que hablamos. Ellas viven en otra ciudad, yo me mudé a la capital hace un año, necesitaba trabajo y solo lo encontré aquí. Y lo único bueno que he encontrado en esta ciudad ha sido el trabajo, no tengo un gran sueldo pero, entre eso y mis pequeños ahorros, voy tirando.

Entre encargos y encargos fue pasando la tarde. En mi rato de descanso, mientras me comía un donut de chocolate y un café con leche, decidí que aquella noche sería la última que él pasaría en mi casa, que se fuera con su madre. Ella lo quería mucho y siempre se quejaba de lo rara que yo era... ¿Rara? Rara, ¿yo? ¡La madre que la parió! Si es que eran tal para cual madre e hijo. Con veintiséis años nunca había tenido nada tan claro como ahora. No podía seguir con Javi. Si se lo tomaban muy mal siempre podía echarle la culpa al temido viernes trece.

El teléfono de mi despacho sonó y nada más descolgar se escucharon los gritos de cabreo de *culo bueno*.

—Son las diez de la noche y todavía no tengo aquí las malditas fotocopias. ¿Las piensas traer hoy o ya las dejas para el lunes? —Me dieron ganas de contestarle que mejor lo segundo, pero decidí ser buena chica y contestarle algo que le gustara escuchar.

—Lo siento, se me ha complicado la tarde y me he olvidado por completo. Ahora mismo te las llevo.

—Entra en el laboratorio principal y déjalas sobre la mesa, nosotros estamos en el anexo privado.

¡Imbécil! Normalmente no era muy simpático pero nunca llegaba a ser maleducado, hoy su tono de voz indicaba que le había pasado algo porque el cabreo que tenía era grande. ¿Algún invento que no le acababa de funcionar?



Sabía que estaban liados con algo grande. Todos hablaban de lo mismo aunque nadie sabía nada a claras. Recibían buenas subvenciones, era uno de los mejores físicos y sabía como hacer su trabajo.

Recogí mi bolso, la chaqueta y las fotocopias del profesor *cabreos*. Salí y cerré la puerta con mi llave y me puse los cascos del iPhone mientras buscaba algo de música para relajarme. La potente voz de Sia y su *Cheap Thrills* me acompañaron parte del camino. Diez minutos más tarde llegué al laboratorio, estaba todo a oscuras, no había nadie. Miré a mi alrededor la gran habitación, todas aquellas anotaciones en las pizarras, las pilas de archivos en carpetas sobre las mesas. Mientras tarareaba el punteo de *Orion*, vi una luz potente salir por debajo de la puerta que daba al anexo del laboratorio y algo me hizo ir hasta allí.

Algo llamado curiosidad.

Abrí la puerta y en pocos segundos, o menos, mi cuerpo se paralizó y fue como si todo quedara en pausa. Delante de mí, un gran haz de luz azulado salía de un pequeño cañón con una especie de embudo inverso. Detrás del aparato, resguardados tras un gran cristal de seguridad, el profesor y tres de sus colegas o alumnos, no pude identificarlos. Me miraron con los ojos a punto de salirseles de las órbitas y chillaban algo que no escuché mientras lentamente sus manos llegaban a sus cabezas y tiraban de sus propias cabelleras.

Miré a mi alrededor, buscando el motivo de sus caras descompuestas y al bajar la mirada vi, debajo de mis pies, una especie de alfombra cuadrada, de la cual se elevaba una pared de luz, encerrándome en ese metro cuadrado.

A mis pies, sobre la misma alfombra en la que estaba yo, un arma extraña, un hacha de doble hoja. Parecía antigua.

Eso fue lo último que vi antes de sentir el mayor pánico de mi vida. Todo ocurrió en segundos, como he dicho anteriormente, pero fue lo más intenso.

Algo se apoderó de mi cuerpo y entré en un tornado de velocidad, aire, luces y ruido.

Un zumbido horroroso y escalofriante me atormentaba y paralizaba, mientras mi cuerpo giraba y giraba sin cesar.

Hasta que caí.

No sé cuánto rato pasó hasta que por fin me atreví a abrir los ojos.

Con asombro pude comprobar que estaba sobre una hierba verde y espesa, desnuda completamente y en un lugar que no conocía de nada. Lo único conocido para mí en ese paraje era el hacha que acababa de ver en el anexo del laboratorio.

Con el cuerpo congelado y dolorido, casi sin fuerza, me levanté y empecé a sospechar que ya no estaba en mi ciudad.

Al levantarme, la sensación de mareo se hizo menos acusada, di una vuelta de trescientos sesenta grados observando lo que me rodeaba.

Y algo en mi mente cambió.

—¡Joder! ¡Joder! ¡¡¡¡Joder!!!! ¿Dónde cojones la hemos enviado?

—¡¡Hostias!! Se supone que ha ido al mismo sitio al que pertenece el hacha, quiero decir, que las dos están en el mismo lugar.

—¡Querrás decir en el mismo tiempo! Dios mío, ¿lo hemos conseguido? ¿la máquina del tiempo funciona?

—Todavía no podemos confirmarlo... pero claramente ha desaparecido delante de nuestras narices, ella junto con el hacha. Y mucho me temo que si realmente ha funcionado esté un milenio atrás.

—¿¿Un milenio?? ¿¿La has enviado al siglo X?

—Carlos, no te pongas así, sabías que el hacha era de esa época, quise enviarla de vuelta y resulta que no se ha ido sola.

—Y ahora, ¿qué vamos a explicar? Esta chica tendrá familia, amigos que denunciarán su desaparición. Las cámaras tendrán grabado su paso por los pasillos hasta llegar a nuestro laboratorio.

—Nuestro laboratorio sí, pero ella después traspasó una puerta en la que se puede leer claramente «SOLO PERSONAL AUTORIZADO» y ella era la chica de las fotocopias, no debía entrar aquí.

—¡David, no digas gilipollices! Sí, no debía entrar pero entró y no ha podido escoger peor momento para hacerlo.

—¿Y qué propones que hagamos?

—Tenemos que traerla de vuelta. No sé cómo, pero tenemos que traerla.

—No hemos llegado a esa fase todavía, ni siquiera podemos afirmar que haya llegado a algún lugar o que siga viva siquiera.

—Tenemos que hacer lo imposible por recuperarla. Si esto saliera a la luz, nos retirarían todas las ayudas, las subvenciones y entonces olvídase de seguir haciendo pruebas para traerla de vuelta. No podemos decir nada al respecto. Esto quedará entre nosotros tres, no sabemos nada de ella. ¿Estáis de acuerdo? —En mis adentros deseaba que contestaran que sí, aunque ni yo mismo lo tenía claro.

Pasaron unos cuantos segundos antes de que respondieran los dos al unísono.

—Está bien, Carlos, sabemos que conseguirás traerla de vuelta. Trabajaremos contigo las horas que hagan falta hasta dar con la forma de hacerlo.

—Deberíamos empezar por localizar otro utensilio, artilugio de la misma época. Aún así será difícil por no decir imposible asegurar que daremos con ella. Y en tal caso, habrá que decidir quién se arriesgará a atravesar el tiempo para ir en su busca. Y justificar su ausencia, sé que hoy empezaba un mes de vacaciones. ¿Y si hacemos llegar a dirección una carta donde solicite una excedencia?, ¿o una en la que dimita?

—Pero no podemos hacerle eso a la chavala, perderá su trabajo —dijo David.

—¿No te das cuenta de que si no logramos traerla de vuelta, lo habrá perdido todo igualmente? Es mejor dar a entender que ella misma se ha marchado. Si logramos traerla de vuelta, ya veremos cómo lo montamos. Lo que no puede pasar de ninguna manera es que esto llegue a oídos del ejército.

## 2

Hacía frío. Mucho frío. Las hojas todavía cubrían los árboles pero ya empezaban a cambiar de color y a caer. La niebla que entre ellos había me daba bastante miedo, era todo muy tétrico y oscuro, misterioso.

¿¿Dónde leches estaba?? ¿¿Qué había sido eso tan horrible que acababa de experimentar mi cuerpo y mi mente??

Y ¿qué había pasado con mi ropa?

Decidí levantarme y buscar ayuda. Apenas se veía el sol por las espesas nubes y temía que se hiciera de noche sin tener un lugar dónde cobijarme. Pero, ¿cómo iba a ir por ahí desnuda completamente?

Empecé a caminar hacia los árboles, había una especie de sendero que los bordeaba. Tenía claro que estaba en una montaña, aunque no en la más alta, podía ver la cima muy lejos de mí hacia mi derecha. La goma del pelo también había desaparecido y ahora mi larga melena rubia caía suelta y enredada sobre mis hombros y mi espalda. Hace semanas que tenía que ir a cortarme el pelo, esto me pasa por dejarme tanto.

Mientras caminaba, me fijaba en los detalles del paisaje para intentar recordar por dónde estaba pasando en caso de que tuviera que volver. Cogí el hacha con una habilidad que me sorprendió a mí misma y cada dos árboles hacía una pequeña marca en la corteza de uno de ellos. Asombrosamente no me corté y clavé su afilado filo a la primera. Me sentía fuerte, a pesar de todo. Mis pies notaban todas las piedras, hojas y pequeños guijarros que pisaban y ya tenía algunos cortes en las plantas de los pies.

Después de varias horas caminando, escuché el murmullo de un río. Supuse que cerca debía de haber alguna casa, desde que había aparecido

en este extraño lugar no me había encontrado con nadie y mi mente no soportaba la idea de que pudiera estar yo sola en este rincón extraño del mundo. ¡¡Joder!! Si tuviera mi iPhone, podría llamar a la policía o incluso al inútil de Javi para que viniera a buscarme, pero no tenía nada más que este hacha, que ahora parecía formar parte de mi cuerpo.

En medio del bosque me paré en seco al cruzarme con un ciervo que saltó delante de mí a toda prisa. Nunca había visto un animal tan grande y rápido suelto, corriendo a sus anchas fuera de los documentales del National Geographic. Justo después del ciervo pasó a toda velocidad una flecha. Giré mi cabeza hacia la derecha y vi a una mujer con la cara sucia, su pelo rubio y largo recogido en varias trenzas, y un arco y flechas en sus manos.

Me detuve en seco sin saber qué hacer. Mantuve la respiración. Ella dijo algo en una lengua que me resultó extraña. Volvió a gritar en mi dirección y entonces aquella lengua que no había escuchado en mi vida me resultó comprensible. Entendí claramente lo que me decía. Lo más extraño fue cuando mi boca se abrió y le contestó en la misma lengua extraña.

—No quiero tu ciervo. Me han atacado y he perdido todas mis ropas.

¡Dios mío! ¿¿Cómo había dicho yo eso?? Parecía que mi cuerpo iba por libre, se adelantaba a mis propios pensamientos, sin tener en cuenta a mi pobre cerebro. Intenté tapar mi desnudez ante aquella mujer alta como ninguna que yo conociera, mediría casi metro ochenta. Por fiera que fuera su apariencia, no me causó miedo y eso me sorprendió. ¿Desde cuándo confiaba yo en los desconocidos tan abiertamente?

—Soy Asdis. Tienes que estar helada. Ven, acompáñame y podrás calentarte y vestirte. Esos atacantes ¿te han hecho daño?

Mi mente seguía entendiendo aquel extraño lenguaje, no era ni inglés, ni alemán, ni ruso... ¿qué lenguaje era?

Los ojos azules de Asdis me miraron amables y supe que no pretendía hacerme daño. Antes de contestarle, me di cuenta de que mi mano sostenía con más fuerza de lo normal el hacha que había llegado allí conmigo.

¿Por qué reaccionaba así mi cuerpo?

—No. Gracias, Asdis. Me estoy congelando.

Chocó su brazo con mi hombro y la seguí a través del bosque. Retrocedimos por el camino que yo había seguido y fuimos hacia el lado contrario.

—¿Cuál es tu nombre, mujer sin ropa? —Una pequeña sonrisa cruzó sus labios al pronunciar la frase.

Ahora ¿qué nombre le decía yo? El mío seguro que no era de este lugar. El hecho de que estuviera cazando un ciervo con un arco y flechas, su pelo casi albino, recogido con trenzas en su parte delantera y su vestimenta, pantalón y varias capas de pieles cubrían su cuerpo me indicaba que no estábamos en España, ni en Europa, ni en ningún lugar que yo hubiera visto jamás.

En el cinturón que sujetaba su pantalón se aguantaba un cuchillo que doblaba la longitud de lo que se consideraba un arma blanca común. Todos aquellos detalles me hicieron mirar mi hacha y pensar que no me encontraba ya en el siglo XXI. Decidí mantener la verdad lo máximo posible.

—Blank.

—Buen hacha, Blank. Ya estamos llegando a mi casa. Tienes suerte de que mi marido no se encuentre aquí. De no ser así, no dejaría que te acercaras a nuestra casa estando con vida enseñando tu precioso cuerpo.

Me miró de tal manera que sentí algo de calor.

Se suponía que esta especie de...vikinga ¿me había mirado con deseo? ¿En algún lugar de la Tierra todavía quedaban vikingos? No era posible. ¿Dónde me había enviado aquella máquina del doctor *Culo bueno*? ¿Era una máquina del tiempo?

Mi mente no paraba de dar vueltas. Yo recordaba claramente lo que había comido ese medio día, mi vida, mi pésimo novio, mi trabajo, hasta mis estudios. Pero no entendía cómo era capaz de comprender el lenguaje con el que me hablaba esta mujer que, efectivamente, tenía pintas de vikinga. Todo lo que yo sabía de vikingos se restringía a lo que había visto en dibujos animados y alguna que otra serie de televisión.

Sonreí con timidez y asentí.

—Yo tampoco dejaría que mi marido te viera.

Asdis soltó unas carcajadas y señaló con su arco hacia la explanada que se extendía a nuestros pies.

—Ahí está mi casa. El fuego está encendido, podrás vestirte, calentarte y comer antes de seguir tu camino.

—Gracias, Asdis. Que los dioses sean generosos contigo y tu familia.

*¿Que los dioses sean generosos contigo y tu familia?* Pero ¿qué estaba diciendo? En mi vida me había referido yo a *los dioses*, ¿qué dioses eran los suyos? Estaba volviéndome loca por momentos.

El sol, apenas ya visible, dejó paso a una niebla más espesa de la que inicialmente había en el bosque, que ahora quedaba a nuestra espalda. En el estado de shock que me encontraba no podía decir con exactitud cuántas horas había estado vagando por el bosque pero mi cuerpo estaba deseando llegar a esa casa, vestirme y calentarme y, si era posible, dormir. Esperaba que no hicieran demasiadas preguntas acerca de mi origen o destino, ya que no tenía ninguna respuesta que darle. Ni yo misma las conocía.

Según nos acercamos a la explanada, empezó a explicarme que aquel era su hogar desde que nació. Su marido había llegado desde un poblado cercano, era un pescador pero ahora hacía tiempo que solo se dedicaban a cuidar de su granja y se mantenían con lo que allí tenían: un par de cerdos, cabras, un pequeño huerto con algunas hortalizas y lo demás lo sacaban de la tierra, el bosque o el río que pasaba detrás de su casa. También tenían un caballo, se lo había llevado su marido a lo que fuese que hubiera ido a hacer. No quise preguntar.

—Allí, detrás de la cuadra, está mi hija Herdis practicando con su escudo y su hacha. ¿Escuchas la fuerza con la que arremete contra los troncos? Será una gran escudera.

—Estoy segura de ello —Madre mía de mi vida, ¿qué edad tendría su hija? Aquellos golpes sonaban tan fuertes que era imposible pensar que los daba una pequeña—. Entra en casa, voy a buscarte algo de ropa. ¿Tienes que ir muy lejos?

—Todavía me queda camino.

—Creo que mi calzado te servirá. Acércate al fuego y caliéntate mientras salgo con tu ropa.

—Gracias.

Tenía los pezones tan duros que me dolían. Menos mal que mi melena los tapaba, no me hubiera gustado que Asdis se quedara mirándolos fijamente. Llevaba un piercing en el pezón izquierdo. Por no hablar del tatuaje del sol en la nuca. Dudo que esta gente creyera que había aparecido aquí por un loco invento del siglo XXI. Seguramente creerían que soy una bruja y me quemarían viva o desmembrarían con una de sus espadas o hachas.

—Aquí tienes, con esto mantendrás el calor. Ahora mismo prepararé un guiso de carne y podrás comer.

Me apresuré en ponerme el vestido blanco de grueso tejido que me ofreció, unas medias para las piernas atadas con cintas a mis congelados muslos y unas botas marrones. Sin darme cuenta, colgué mi hacha del cinturón a mi derecha.

—¿Madre? ¿Quién es esta mujer?

—Herdis, ella es Blank. Viene desde muy lejos.

La niña, de unos trece o catorce años de edad, me miró fijamente, su cabello castaño claro ondulaba al viento mientras sus manos sostenían un hacha y un conejo muerto. Por lo que parecía, lo había cazado ella misma.

Incliné la cabeza para saludarla mientras le sonreía, pero ella pasó de mí completamente.

—¿Dónde está tu hermana?

La pequeña hizo un gesto con la cara que no me pasó desapercibido.

—Salió hace horas a buscarte, al poco de marchar tú se escuchó un gran estruendo y no había tormenta, por lo que no pudo ser un rayo. No sé nada de ella desde entonces.

—Se habrá entretenido cazando algo. No creo que tarde.

La casa no estaba mal, para ser de hace... mucho tiempo. Una construcción de piedra en su parte baja, y madera y cañas en la superior. Tejado bien cubierto, con todas las estancias en la planta baja. La luz del hogar y las velas iluminaban su interior. Tenía una gran mesa y sillas de madera,



muy básicas pero macizas. Aún dentro de mi desorientación puedo decir que me fijé en los detalles y era bonito dentro de lo rústico.

—¿Te ayudo a hacer algo, Asdis?

—Puedes ir troceando las cebollas y las zanahorias para añadir las al guiso. Ahora despellejaré el conejo que ha cazado mi hija. ¿Tienes familia, Blank?

Ya empezamos con las preguntas, que dios me ayude.

—No, estoy sola —Eso no era mentira, no tenía familia y mi novio no contaba.

—¿Muertos?

—Sí, me he criado sola.

—¿Cómo llegaste aquí?, ¿en uno de los barcos de Zuth?

—¿Zuth?

—Sí, el comerciante —Su mirada hurgó en mi interior esperando una respuesta válida.

—Sí, con Zuth.

—Entiendo... A veces han venido otras mujeres de las islas cercanas en busca de marido o simplemente de compañía. ¿Es ese tu caso?

—¿Marido? ¡Oh, no, no! No necesito a ningún hombre en mi vida, con... —¡Calla la boca, loca! No puedes explicarle nada de lo *anterior*.

—Todas necesitamos un hombre. Por muy valiente y preparada que estés para defenderte —dijo mientras miraba mi hacha—, no puedes satisfacerte sola, ni ser madre sola, necesitas a un buen hombre que cumpla con su obligación, y te proteja y proporcione placer. El mío lo hace bastante bien. Mi hermano murió en combate en un pueblo cercano y ahora no tengo más familia que la que he formado con mi marido, espero que sea grande para no volver a estar solos nunca más.

En su mirada había un poco de añoranza.

Vaya, me sorprendió la facilidad que tenía a la hora de referirse al sexo.

—Puede ser que acabe encontrando un buen hombre que cumpla con todas esas virtudes —dije sin mucha convicción.

—Lo cierto es que no quedan muchos por aquí. Menos en la parte alta de la montaña, todos han bajado a los poblados. Se acerca el invierno y

ninguno quiere pasarlo aislado. Tienen mercancía de las tierras del sur para vender en las ferias y mercados, estarán buscando esposa para pasar los fríos días calentándose en su compañía.

Me aventuré afirmando sin saber, ojalá tuviera razón.

—Menos mal que ahora no estamos en guerra. Así les será más fácil encontrar una mujer.

—No, no estamos en guerra desde hace mucho y aquí vivimos tranquilos, nuestro señor no castiga a los que llevamos una vida alejada de la ciudad siempre que cumplamos con nuestros tributos anuales. Y nuestro rey ha acabado con las guerras civiles, pero ya sabes que siempre hay algún guerrero que no se da por vencido y quiere seguir con la trayectoria de sus antecesores.

Bueno era saberlo. Gracias a dios que había llegado al final de la era vikinga. Por lo menos, no había guerras cerca. Aunque el hecho de vivir con vikingos no era muy tranquilizador.

—¿Quieres que te trence el pelo, Blank? —preguntó su hija.

—¿Te gustaría hacerlo?

—Péinala, Herdis, tú tienes buena mano para eso.

Dicho y hecho, la pequeña me cogió de la mano y me acompañó al banco delante del fuego. Allí me senté y, quedando de pie detrás de mí, comenzó a trenzar mi pelo desde la sien izquierda hacia detrás.

—Toma un poco de cerveza mientras se acaba de hacer la cena.

Me ofreció un cuerno acabado plano que servía de vaso. Si el olor era fuerte, el sabor no lo queráis ni imaginar. Lo mío me costó no escupirla.

Justo cuando íbamos a empezar a cenar, Asdis saltó de su silla empuñando su hacha.

—¡Malditos cabrones! Deben saber que estamos aquí solas.

—¿Qué pasa? ¿Quién viene?

—Son saqueadores. A nosotras no nos harán nada, saben que no pueden, contamos con la protección de nuestro señor, no buscarán guerra, pero a ti...será mejor que te vayas.

—¿¿¿Qué??? Y ¿dónde voy?